



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

8 – El “gulag” de Federico

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 8 – El “gulag” de Federico



Nuestros héroes todavía pasaron siete días entre el Consejo de Federico y el palacio de Marín. Pero, al octavo por la mañana, después de desayunar, y haberse bebido su café, Ibrahim sintió de nuevo un cierto hormigueo en las piernas.

– Oye Saad –le dijo a su primo–, hoy no me apetece nada asistir al Consejo de Federico. ¡Anda, venga, vámonos a dar una vuelta!

– ¡Ya empezamos! Mira, muchacho, que ya te veo venir con tus paseítos. Como dice el refrán: “el trabajador contento con su jornal, siempre está presto para ir a trabajar”. Tú lo que tienes es ganas de cargarte a uno o dos tipos y de montar una buena bronca; ¡pero de eso nada! Yo no voy a salir contigo.

– Pero ¡qué dices, mi buen Saad! De lo único que tengo ganas es de darme un paseo, y te prometo que en esta ocasión voy a quedarme tranquilo, pase lo que pase.

– Bueno, pues en ese caso, vamos allá.

Convencieron también a Edamor de que partiera con ellos y se marcharon, escoltados por unos cuantos mamelucos. Pero, al llegar al zoco, su sorpresa fue mayúscula al encontrárselo prácticamente desierto: se habían retirado todos los ornamentos, las tiendas cerradas, y solo trabajaban algunos panaderos, vendedores de asados y fruteros.

– Mira, ¡qué raro, Saad! –exclamó Ibrahim– ¿Qué habrá podido pasarles a los habitantes? La última vez que salimos, toda la ciudad estaba engalanada y llena de hermosas colgaduras, y hoy no queda nada; ni siquiera las tiendas están abiertas. Me preguntó el por qué.

– ¡Lo sabes de sobra, con que no pierdas el tiempo en preguntármelo! ¡Si los zocos han cerrado es por culpa tuya, porque todo el mundo sabe ya lo codicioso y sanguinario que eres, y cada cual defiende sus bienes como a su propia vida!

– ¡Pues que les cuelguen a todos! Me importa un bledo que abran o no. Venga, vámonos.

Anduvieron durante un buen rato hasta llegar a un enorme zoco, el de las mercancías al por mayor, que encontraron tan cerrado como los demás. De todos modos, comenzaron a recorrerlo, y cuando llegaron a la mitad, vieron un gran caravasar, cuyos portones estaban reforzados con hierro, cerrados con fuertes cadenas y guardados a cada lado por dos patricios, sable en mano. Al ver que Ibrahim se acercaba, le saludaron cortesmente.

- ¿Qué sitio es éste, *ghandars*? –les preguntó.
- Un caravasar.
- Ahí dentro debe haber cosas muy interesantes para que vosotros estéis aquí, delante de la puerta, montando guardia ¿No es cierto?
- Nosotros no sabemos nada; solo conocemos la consigna: Federico nos ha dicho que montemos aquí guardia, y aquí la montamos.
- ¡Y hacéis muy bien! –aprobó Ibrahim–. Abrid un poco esa puerta para que yo pueda echar una ojeada al interior.
- ¡No, *pardono*, hijo del Korani, no podemos!
- Y eso ¿por qué?
- Solo se nos permite abrir a quien tenga un *bazabordi*¹ firmado por Federico.
- ¿Algún problema si yo os traigo un *bazabordi*?
- ¡Por supuesto que no, en ese caso, te abriremos la puerta!
- Estupendo –dijo Ibrahim desenvainando la *shâkriyyeh* y poniéndosela a los guardias bajo la nariz– Entonces, muchachos, ¿qué me decís de este *bazabordi*? ¿Es válido o no?
- ¡Piedad, hijo del Korani, *ala teshta*²! –gritaron mientras escapaban a todo correr– ¡Cristo nuestro Señor, protégenos de la *santamaría* del Korani!
- ¡Otra vez con las mismas! –suspiró Saad– Pero, vamos a ver Panza de Búfalo, ¿por qué ese empeño en visitar este caravasar?
- Calla, mi pequeño Saad, y no metas las narices en donde no te llaman: si el Señor me ha inspirado la idea de entrar aquí, seguro que ha sido por una buena razón; pues solo de Él provienen todas nuestras acciones.
- Tras estas piadosas consideraciones, Ibrahim cortó las cadenas de un golpe con su *shâkriyyeh*, igual que un escriba corta la caña de su pluma, y entró, seguido de Saad y de Edamor. Se hallaron en un patio de grandes dimensiones, rodeado de altos muros contra los que estaban adosadas unas estancias cuyas puertas estaban abiertas. Entraron en la primera, que encontraron limpia del suelo al techo: nada se había depositado en aquel lugar. El resto del caravasar estaba totalmente vacío y deshabitado. Ibrahim se detuvo pensativo, y se volvió hacia Saad:
- Veamos, si en este caravasar no hay ningún artículo ni mercancía, y, además, está desierto, ¿por qué Federico lo haría vigilar?
- ¡Vaya usted a saber! ¡Déjalo y vámonos, esto no es de nuestra incumbencia!
- Tiene que haber una razón –se obstinó el León del Horân– ¡Por el supremo Nombre de Dios, quiero cerciorarme de lo que pasa ahí dentro!

¹ En *lingua franca*: “pasaporte o permiso”.

² “Por mi cabeza (haz lo que quieras)”.

– ¡Vale, pues ve a cerciorarte!

Ibrahim visitó minuciosamente el edificio, pero no encontró nada, y ya estaba cerca de los altos muros que no ofrecían salida alguna; cuando, al volver a pasar delante de la puerta de entrada, de repente le vino una idea a la cabeza.

– ¡Vuelve a cerrar esa hoja del portón, Saad! –le ordenó Ibrahim a su primo.

Saad lo hizo, y entonces se dieron cuenta de que, disimulada en una de las jambas, había una pequeña abertura, de la que partía una escalera, y cuando el portón de entrada estaba abierto era completamente invisible.

– ¿Has visto, Saad? –le espetó Ibrahim con aire triunfal–. ¡Anda, ven, vamos a ver!

Seguido de su primo y de Edamor, ascendió por las escaleras hasta llegar a la terraza del edificio. En uno de sus extremos había una enorme cortina, en la que se podían apreciar unas pequeñas aberturas por las que apenas si cabía la cabeza; sobre todo si la tenías tan gorda como la del capitán Ibrahim. Éste se acercó a uno de esos pequeños orificios, y ante él apareció un segundo caravasar, contiguo al primero, y del que provenía una baraunda indescriptible. El edificio era de vastas proporciones, con varias plantas y numerosos *iwânes*¹; parecía lleno hasta rebosar de gente vestida de harapos, con la cabeza descubierta, descalzos, y con el pelo sucio y enmarañado cayendo sobre sus espaldas; ¡en fin, que aquello era una visión horrorosa! Además, todos estaban cubiertos de cadenas, y unos, lloraban, otros reían enloquecidos, mientras que otros, canturreaban con la cabeza gacha.

– Este debe ser el *maristán*² de los francos –pensó Ibrahim– aquí es donde deben alojar a los locos.

Estaba en ese punto de sus conjeturas, cuando oyó a uno de los prisioneros que decía, mientras le daba una patada a una estera:

– ¡Ah, solo en Dios está la fuerza y el poder: el Altísimo el Todopoderoso!

Luego, recitó estos versos:

*Si de la miseria en la que vives, ya estás harto
Si por la mañana andas triste, y por la tarde herido
Ruega al Enviado, de Al-Hashem el noble elegido,
No cejes en ello, y Dios te consolará en el acto.*

Al momento, otro le respondió:

Si se vendiera la muerte, yo sería un comprador

¹ Habitación de techo abovedado, cerrada por tres lados; el cuarto está abierto a un patio interior (término de origen persa).

² Asilo u hospital-manicomio.

*Es tan triste mi vida, tan oscura y sin sabor
Que a buen seguro la parca, sería lo mejor.*

– Esta vez me he equivocado –se dijo Ibrahim–. Esos no son locos, sino piadosos musulmanes. ¿Quién habrá podido traerlos hasta aquí?

Aguzó la oreja y consiguió oír un extraño diálogo:

– ¡Eh, Hâch Mohammad!

– ¿Qué quieres?

– A ti, ¿qué te parece? ¿Se habrá largado por fin Ibrahim El-Horâni, o todavía seguirá en Roma?

– ¡Ni lo sueñes! –replicó el hâch Mohammad– ¡Es muy capaz de apalancarse aquí un año entero todavía, y lo que es peor; todo va a correr a nuestras expensas! Se está dando la buena vida, alojado y bien alimentado en casa del sobrino del *babb*, y mientras tanto sigue cobrando sus buenos dineros, que el sultán le guardará para cuando regrese. ¡Ah, ojalá reventara, para desembarazarse de él y poder salir de este sucio agujero y respirar un poco de aire puro!

– ¡Lo ves, lo ves, Panza de Búfalo! –comentó Saad– No te puede soportar nadie, ni tan siquiera los Yins que habitan bajo tierra, ni los pobres diablos que están aquí presos. De todos modos, es bien extraño: ¿de qué nos conocen estos? No creo que hayamos nunca guardado juntos los rebaños...

– ¡Eh, vosotros! –les llamó Ibrahim con voz de trueno– ¿Con qué derecho invocáis a Dios contra mí? ¿Qué mal os he podido hacer yo, cuando ni siquiera os conozco?

– ¡Imploramos tu protección, Ibrahim! –respondió el que lo había maldecido– Perdónanos: es cierto que tú eres un musulmán como nosotros, pero es por culpa de tu presencia en Roma, por lo que estamos aquí encerrados.

– Pero, vosotros, ¿quiénes sois?

– Capitán, todos nosotros somos musulmanes cautivos. El *babb* Federico nos ha encerrado aquí, a unos doce mil, desde el día en que tú entraste en Roma: quería asegurarse de que no nos vieras. Ahora, ya nos ves: agonizando sobre la suciedad de nuestros propios excrementos y muriéndonos de hambre; durante el día nos asamos de calor, y por la noche estamos tiritando. Cuando se ha tocado el fondo de la miseria, a veces ocurre que uno se deja llevar por deseos injustos, y, porque al estar al borde de la desesperación, deseábamos tu partida, con la esperanza de que así nos permitieran salir de este inmundo agujero.

– Por el Nombre supremo de Dios, muchachos, en tales condiciones no habéis cometido ninguna falta deseándome lo peor. Pero, quedad tranquilos: os juro por la cabeza de nuestro señor el sultán que esta tarde estaréis todos fuera, tanto si le gusta a Federico, como si no. ¡Y como se le ocurra resistirse, correrá la sangre en Roma!



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”:

X.9 – El arte de Ibrahim para comprar cautivos